SEÑOR NESSI (Martín).- Buenas tardes a todos y a todas.

En primer lugar, quiero pedir disculpas por mi voz; vengo escapándole a un resfrío.

Quiero saludar a las autoridades departamentales presentes, a los directores de distintas salas teatrales ―directora del Teatro Solís, Daniela Bouret, y director de la Sala Verdi y del Centro Cultural Goes, Gustavo Zidán―, al diputado Alejandro Sánchez, y, en especial, a ustedes, que son los galponeros y galponeras que vienen a engalanar esta sala.

Me alegra muchísimo esta celebración de hoy, por El Galpón, por nuestra democracia ―que nos permite realizar este tipo de actividades― y por nuestra Junta Departamental.

Empecé a escribir esta intervención del día de hoy hace ya varios días, pero antes de eso hubo un tiempo de reflexión para pensar, primero en su conformación, en su estructura, y, después, en qué objetivo tenía homenajear a El Galpón hoy, qué objetivo debía tener esta intervención. Luego de haber meditado varias veces respecto a su contenido y a sus formas entendí que si había que homenajear a esta institución, esta intervención debía respetar la esencia galponera. Después me pregunté qué quería decir eso.

Lo primero que vi, justamente, era eso, que El Galpón tiene esa particularidad de comprometernos, de tener una identidad, un lenguaje, una historia y una filosofía que está claramente definida. Podría decir “propia”, pero en El Galpón justamente la propiedad ha sido siempre, desde lo más abstracto hasta lo material, algo en cuestión, y solo es aceptable hablar de propiedad en El Galpón cuando se la menciona en su extensión comunitaria y colectiva.

Otra cosa que advierto ―por lo cual a veces me llevo algunos buenos retos de compañeros de esta sala― es que no regí mi intervención por las actuales reglas de la sociedad de cuarenta caracteres. Se dice que se debe hablar poco, porque la gente en este mundo se concentra poco. Pero yo creo que hay que dar esa batalla. Por otra parte, aceptar esas reglas sería menospreciar a los y las aquí presentes, y, además, El Galpón no se merece que nosotros entremos en esas reglas.

La primera característica que debía tener esta intervención, además de esa, era que debía ser una intervención colectiva. Así fue que de una u otra forma fui acudiendo a diferentes personas, amistades e instituciones a las cuales de una u otra manera les he pedido distintos grados de participación en esta intervención de hoy, y los quiero mencionar: Soledad López, Gustavo Zidán, Laura Pouso, Julio Batisttoni, Elizabeth Vignoli, Mariano Arana, Carlos Otero, Marcelo Carrasco y, sobre todo, funcionarios y funcionarias de esta Junta Departamental, en especial a los funcionarios y funcionarias de Biblioteca ―la mayoría son funcionarias― y a los de Relacionamiento con la Comunidad, que también bancan mucho nuestros nervios previos a este tipo de actividades.

Decía que, además de colectiva, esta intervención debía tener otros componentes: un contexto histórico, ser rupturista, reivindicar las políticas culturales, practicar la resistencia en su más amplia expresión, y, por supuesto, mantener en alto la esencia y la mística galponera.

El Galpón ―lo decía Marcelo― nace en un contexto del Uruguay posterior a la Segunda Guerra Mundial. Ese Uruguay estaba iniciando una etapa de desarrollo social y económico en la que la voluntad de desarrollo interno ―como ya se mencionaba― se veía favorecida por la situación internacional de aquel mundo convulsionado, que alcanzaría algo de paz efímera ―dos años― entre el fin de la Segunda Guerra Mundial, la caída de los regímenes fascistas de inicios del siglo XX y los inicios de la Guerra Fría. En esos años 40 Montevideo vio florecer su vida artística y cultural, siendo una de sus manifestaciones el teatro independiente, movimiento nacido en aquella época y desarrollado ampliamente en las décadas posteriores.

Es imposible hablar de un movimiento popular que impulsó las características de lo que luego se transformó en un Estado benefactor y desarrollista sin dejar de reconocer algunas buenas políticas de esa época, como también nombres y hechos que esa sociedad forjó y que ya hemos mencionado en otros homenajes que este Legislativo ha realizado. Justino Zavala Muniz, José Blixen, Ángel Curotto, Juan Carlos Sabat, entre otros, fueron hombres de gobierno que se destacaron en el ambiente cultural por concretar iniciativas tales como la fundación de la Comedia Nacional, la Escuela Municipal de Arte Dramático ―que este año también cumple setenta años―, el museo y la biblioteca del teatro, los coros municipales y la reorganización de la Escuela Nacional de Música.

Antes de esa oleada del 40 hubo otra, en la que vale destacar la Escuela Experimental de Arte Dramático, en 1911; la Casa del Arte, en 1928, y la creación del Sodre, en 1929. Además, tenemos el surgimiento de las cooperativas teatrales: AETU, en 1928, ION, en 1932; la Compañía Nacional de Comedias; el Teatro del Pueblo; el Teatro Universitario; El Tinglado; la SUA ―Sociedad Uruguaya de Actores―, fundada en 1941; y, por supuesto, la conformación de la Federación Uruguaya de Teatros Independientes. Posteriormente vendrá Cinemateca, que también está ligada a esta historia.

La interconexión entre el movimiento popular de la época y aquellas políticas estatales es, según nuestro análisis, verificable, aunque también ―como todas las cosas― probablemente discutible.

Volviendo al teatro independiente, creo que cabe destacar que este ha sido y es un movimiento libre, independiente, y, ante todas las cosas, popular. Al decir de César Campodónico…

(Aplausos).

El teatro independiente nace como una reacción porque los teatros estaban dominados por los empresarios que imponían sus leyes.

Con objetivos varios ―entre ellos, la autogestión e independencia―, el 2 de setiembre de 1949 los componentes del grupo teatral La Isla ―elenco integrado por jóvenes y dirigido por Atahualpa del Cioppo― se fusionó con integrantes del Teatro del Pueblo para fundar una nueva institución que sería parte de la mejor historia del pueblo y el acervo cultural del país.

Allí se forjó algo que sería clave en la historia de El Galpón: el trabajo colectivo y comunitario de un grupo de personas que tomó fuertemente la consigna de que debían ser ellos y ellas gestores de sus medios de producción. Eso sí, con apoyo del pueblo. Como en muchos otros casos, sin el apoyo del pueblo aquella empresa no sería posible. Vale decir que esta institución teatral ha crecido con su pueblo y ha demostrado y demuestra en diferentes ocasiones que se debe a él.

De esa primera etapa previa a la inauguración de la sala de la calle Mercedes se recuerda fuertemente ―según cuentan algunas crónicas― la venta de bonos solidarios y el hecho de que ―fíjense ustedes― un banco local que administraba los dineros de El Galpón debió designar a uno de sus empleados para contar las monedas que llegaban a su cuenta, que eran producto del apoyo solidario de miles de personas para financiar aquel emprendimiento. Esto me pareció fabuloso, y quiero citar dos testimonios que, a mi entender, reflejan claramente lo que pasaba con aquel grupo de porfiados artistas devenidos y devenidas en albañiles, sanitarios y ayudantes de obra, entre otras tareas.

Hablando de la primera sala, crónicas de la época cuentan que el futuro teatro tenía un entrepiso inestable y una escalera en el medio que fue derribada con el fin de construir un desnivel para hacer la platea. Sobre esta tarea, y acerca del espíritu de las pioneras y los pioneros galponeros, contaba Campodónico:

Era un trabajo espantoso excavar para hacer la pendiente de la platea. Tan duro trabajábamos que el día de la final de Maracaná, después de escuchar el partido en nuestras casas, estábamos citados a trabajar y nadie fue a festejar, nos apreciaban porque veían gente joven trabajando.

Un segundo testimonio brindado el 24 de setiembre de 1999, en este mismo recinto, por quien fuera actriz y presidenta de nuestra Junta Departamental, Nelly Goitiño, contaba lo siguiente…

(Aplausos).

Recuerdo también a aquellas chiquilinas que eran sumamente jóvenes entre cuyas tareas estaba la de enderezar clavos. Un día sugerí a alguien de la comisión si me permitía regalar al teatro una caja de clavos para no seguir enderezando clavos. A lo cual este integrante de la comisión me contestó que si tenía plata para comprar una caja de clavos la entregara para comprar alguna cosa que fuera necesaria porque los clavos se podían seguir enderezando.

Estos dos testimonios y el gran apoyo popular creo que resumen, cabalmente, esa primera etapa y ese espíritu de El Galpón que es, a la vez, una concepción que hasta hoy se mantiene. No hay teatro independiente si no hay hombres y mujeres que sean capaces de integrar a su desarrollo artístico la capacidad operativa e intelectual para lograr la infraestructura y condiciones de gestión necesarias que aseguren la independencia total. Esto está intrínsecamente ligado al apoyo que estos proyectos tengan en el grueso del pueblo. Bajo estas pautas el teatro sigue avanzando, se amplía y crece. Logra, por un lado, tener una expresión dramatúrgica muy amplia a la vez que definida. Incorpora diferentes expresiones de la dramaturgia universal, latinoamericana e internacional, y hace de la institución, además, una escuela teatral total y completa.

Quiero centrarme en algo: El Galpón es independiente, es democrático y es diverso. Esto vale aclararlo, ya que en más de una ocasión, y por diferentes intereses, esto ha sido puesto en duda con calumnias y mentiras de diferente rango. El Galpón, como asociación civil, vive de su propia actividad y de su propia gestión. Los ingresos que tenga El Galpón allí se invierten, y quedan en beneficio de la gente.

Por otra parte, si en algo también ha sido creativa esta institución, además de en lo artístico, es en la capacidad de gestión, resistencia y alternativas, al haber combatido Gobiernos no amigos de la cultura, dictaduras, fascismos y avatares del mercado.

El Galpón ha sido y es democrático en la dramaturgia, en las demás disciplinas artísticas y con la sociedad. Para ser democrático, entre otras cosas, hay que ser audaz, y El Galpón lo ha sido siempre en todos sus sentidos; en el repertorio, por ejemplo, ya que fue el primer teatro latinoamericano donde se estrenó a Bertolt Brecht de la mano de La ópera de dos centavos, en el año 1957, así como en estos tiempos fue capaz de ofrecer opciones tan variadas como el Bakunin Sauna, una obra anarquista, de Santiago Sanguinetti, hasta La palabra progreso en boca de mi madre sonaba tremendamente falsa, de Matei Visniec. A la vez, ha puesto sus salas a disposición de diferentes disciplinas artísticas, así como para las diferentes causas del pueblo. El último ejemplo de esto fueron las funciones que otorgó, a precios módicos para los espectadores, en beneficio de los trabajadores del gas, conflicto que encontró una satisfactoria salida por parte de nuestro Gobierno. Y el próximo ejemplo de esto son las funciones gratuitas y abiertas a todo público que, para celebrar su aniversario, se darán en sus salas mañana.

Siguiendo con la historia, en el año 1952 se creó el Curso Elemental de Arte Escénico, y en el año 1953 se funda la Escuela del Teatro, la cual maneja la formación general del actor en todos los oficios teatrales, hasta la capacidad de gestionar. Avanzando en la historia llegamos al año 1964, y El Galpón realiza nuevamente una de sus grandes luchas: el combate al mercado, y esta vez va contra el supermercadismo, con el cual disputaba la compra del espacio de la calle 18 de Julio y Carlos Roxlo. Allí otra vez el apoyo popular y el vínculo de los galponeros y galponeras con la gente juegan a su favor, y es así que se juntan fondos, tras lo que según cuenta Sara Larocca fue la campaña más fuerte, la dedicada a la emisión de títulos que se pagaban en tres cuotas y daban derecho a tres años gratis. Además, agregaba que vendían medallas, que costaban cinco mil de aquella época, que daban derecho a butacas para toda la vida. Una particularidad que no quería dejar pasar por alto ―y que descubro justamente buscando material para esta intervención― es que hubo dos proyectos de sala presentados para la reforma de aquel lugar, uno presentado por Jorge Carrozzino y un segundo presentado por los arquitectos Mariano Arana y Spallanzani, que fue el que tuvo la mayoría de apoyo entre galponeras y galponeros.

Finalmente, como aquí se dijo, el jueves 9 de enero de 1969, y luego de cinco años de campañas financieras, rifas y ferias, la Sala 18 se inaugura, como no podía ser de otra manera, con Bertolt Brecht y El señor Puntillas y su criado Matti, dirigida por César Campodónico.

El Uruguay de aquella época no era el de las décadas del 40 y 50, ni desde el punto de vista económico y mucho menos desde lo político. El golpe de Estado cívico-militar se encontraba a la vuelta de la esquina, la represión ya campeaba en las calles y en esos años las obras de la institución fueron estrenadas y llevadas adelante en medio de amenazas, atentados de bandas parapoliciales, detenciones a actores y actrices por parte de fuerzas represivas del Estado y acciones de grupos fascistas organizados. Como en tantas otras épocas, el teatro era considerado peligroso para los grupos conservadores, y en el caso de El Galpón no era para menos.

En ese momento, ya contando con las dos salas, no solo se estrenó la obra de Brecht, también se produjeron obras como Libertad, Libertad, de Fernández y Rangel, con dirección de César Campodónico, en el año 1969; El asesinato de Malcolm X, del uruguayo Hiber Conteris, y Fuenteovejuna, en el año 1969, la cual deslumbró por la impactante puesta en escena llevada adelante por Antonio Taco Larreta; obras todas que claramente pueden tener un significado hoy, pero que debe tenerse claro cuánto más dimensionadas podría estar su mensaje en aquellas épocas de resquebrajamiento de la democracia, de la economía y del Estado liberal, con represión y un mundo signado por la Guerra Fría, en la cual claramente el Gobierno uruguayo se manifestaba en la zona de influencia estadounidense.

En palabras de Larocca, “Nuestra lucha fue siempre nuestro repertorio. En nuestro estatuto dice que el teatro no tiene partidismo pero sí lucha por la libertad. Es un rasgo del teatro nacional”. El teatro practicado en El Galpón era y es sin dudas nacional y popular y mantiene una coherencia en su repertorio y sus objetivos hasta nuestros días. Ver, por ejemplo, hace dos temporadas una nueva puesta en escena de La resistible ascensión de Arturo Ui no fue una casualidad en el marco de un continente donde los autoritarismos parecían ir ganando terreno, así como no lo es tampoco que se exhiba hoy en una de sus salas la versión de una obra como la shakesperiana Medida por medida, dirigida por el francés Laurent Berger, ante algunas dificultades que como sociedad hoy nos acechan.

Aquí hay no solo una coherencia histórica, sino, también, un profesionalismo que llega a la excelencia en cuestiones tales como la formación de públicos. El Galpón es esa rica historia, pero también su presente y su futuro, y es por eso la imposibilidad de seguir la línea cronológica según el orden formal que se nos quiere imponer a la hora de analizar un hecho en este mundo. El Galpón es patrimonial, poligeneracional, independiente, comprometido, dialéctico, y como tal debe analizarse y ser tratado.

Volviendo hacia atrás, a los 70, vayamos primero al año 1973, 27 de junio, al golpe de Estado y huelga general, que incluyó de inmediato a galponeros y galponeras con Libertad, Libertad en los patios y salones de las fábricas ocupadas.

En octubre de 1975, a varios integrantes de su elenco se les prohibió desarrollar actividades culturales, y en diciembre de ese año, los y las dirigentes de la institución fueron apresados. En 1976, concretamente la mañana del 7 de mayo, el teatro fue ilegalizado y desmantelado. Varios integrantes de El Galpón fueron detenidos en el Departamento 6 de la Jefatura; entre ellos, Miriam Gleijer y Luis Fourcade permanecieron detenidos por dos y cuatro años.

En paralelo a esto se mencionaba aquí el papel que jugó el embajador mexicano Vicente Muñiz. Fueron unas ciento cincuenta personas mayores de edad, y cuarenta y siete niños y niñas quienes recibieron el preciado apoyo de esa embajada y de ese embajador.

El periplo de El Galpón en el exilio es por demás conocido. Más de 2500 funciones en México, recorridas por Europa, por la Unión Soviética y América del Norte. Al decir de Atahualpa del Cioppo cuando fueron prohibidos y expulsados de nuestro país, “nos quisieron quitar la patria y lo único que hicieron fue ampliarla”. Y así fue, porque efectivamente El Galpón fue internacional para dejar claro que el Uruguay era un pueblo rebelde y culto, y así presentaron a nuestro Artigas, General del Pueblo en todos los rincones del mundo donde se le diera un espacio para multiplicar y resistir.

En 1984, quien vuelve primero al Uruguay fue Atahualpa del Cioppo, y vuelve junto con Daniel Viglietti. Luego, en una recordada jornada, del 12 de octubre del 84, que culminara en la sede de AEBU, vuelve el resto del elenco.

Debo también decir que a Daniel lo conocí mucho más y que a Atahualpa no lo conozco aún como quisiera y como creo que el pueblo uruguayo tiene que hacerlo. Hago referencia a esto porque la dictadura dejó daños difíciles de reparar en El Galpón, y si bien en el año 1985, por disposición del entonces presidente de la República, Julio María Sanguinetti, la Sala 18 de Julio fue devuelta a sus legítimos dueños, esta se encontraba desmantelada. La ignorancia y la macabridad de delincuentes sin brillo habían o bien robado o bien hecho desaparecer todo: luces, infraestructura, archivo y hasta el vestuario, el cual al preguntar dónde se encontraba, desde el poder de la época se contestó que el vestuario no estaba porque “el vestuario se apolilló”; de ahí el título del libro del Chino Campodónico. Creo que esa respuesta y la de las tres toneladas de azúcar desaparecidas por las hormigas en una Administración departamental de esa época deben de haber sido las respuestas más insólitamente ―y yo inventé una palabra― zooilógicas de las que he tenido conocimiento por parte de una Administración estatal a la sociedad civil, aunque las diferencias eran abismales, y ojalá lo desaparecido en El Galpón, lo perdido, hubiera sido azúcar. Lo cierto es que ahí El Galpón y los uruguayos y las uruguayas perdimos buena parte de nuestro patrimonio; fueron ocho años de secuestro y saqueo continuo, que recién entrado el siglo XXI se vio resarcido, en parte, con una ley de reparación, por la cual el teatro recibió dos millones de dólares por los daños ocasionados, que le permitieron reformar y reinaugurar la Sala Campodónico.

Hoy, en este setenta aniversario, la dirección del teatro se propone seguir reparando aquel suceso, cosa que hará en la medida en que sea posible. Su secretario general expresaba a un medio de prensa que “se propusieron una investigación que se está llevando adelante por parte de Carlos María Domínguez y un grupo de investigadores de la UdelaR, porque entienden que uno de los pasos importantes a la hora de festejar su aniversario es también dejar su historia escrita. Es uno de los mejores obsequios que les pueden dejar a las anteriores y a las nuevas generaciones. En el mismo sentido, están recopilando todos los materiales existentes a nivel audiovisual. Hay documentales, han encontrado cosas increíbles de Atahualpa; cosas que parecen reuniones sociales, pero en el fondo permiten ver personas que demuestran que ese era un Uruguay pesado en materia cultural, muy potente. Por tanto, la idea es tener un audiovisual que contemple parte del transcurso de esos acontecimientos que pasaron en la historia de El Galpón. Son setenta años de historia de vida como comunidad, como país y como latinoamericanos”.

En ese sentido, quiero decir que esta Junta Departamental discutió ese tema, ya que la institución solicitó la colaboración para la realización de este audiovisual. No hablaré de lo hecho por otros ni de las posturas que tomaron otros, hablaré de lo que hicimos nosotros y de las posturas que nosotros tomamos. Nosotros apoyamos con fuerza y con convicción ese emprendimiento audiovisual y su auspicio por parte de este Legislativo en el entendido de que no hay mejor manejo de los dineros públicos de un departamento que invertirlos en beneficio de su patrimonio y su acervo cultural. Estamos convencidos de ello y estamos un poco cansados de que la cultura se trate por parte de algunos sectores de forma falaz, como un asunto infructuoso. La cultura no es un asunto infructuoso. Nosotros tenemos claro hacia dónde vamos y qué sociedad queremos. Por eso pusimos esa tarea sobre nuestros hombros y aportamos nuestro grano de arena para que este audiovisual se realice, y por suerte esta Junta Departamental va a realizar el auspicio de ese audiovisual.

En cuanto a políticas públicas, nos parece necesario ubicar esta institución teatral como una muestra reivindicativa de lo que deben ser las políticas culturales. Nuestro compromiso debe seguir siendo el de continuar avanzando, pero el momento cultural del país es muy bueno y los avances logrados en estos quince años son por demás notorios.

Quiero aprovechar también este instante para saludar la Ley de Teatro Independiente y la promoción de su desarrollo; esta ley declara de interés general la actividad teatral independiente considerándola, en el plano artístico, cultural y social, esencial para el desarrollo integral ciudadano. Como tal, gozará de la protección, promoción y apoyo del Estado. Define la actividad teatral independiente como una actividad con organización democrática y con autonomía tanto en la gestión como en lo artístico. Además, esa ley crea el Consejo Nacional Honorario del Teatro Independiente como órgano rector de la protección, promoción y desarrollo de la actividad teatral independiente, junto con un fondo de subsidio al teatro independiente. Esto es, sin duda, una decisión política gubernamental, pero es también el producto del papel formador y reivindicativo en las políticas culturales de esta institución que hoy estamos homenajeando. Los setenta años de El Galpón tienen mucho que ver con esas definiciones que se toman; y estas definiciones que tomamos, como país, nos enorgullecen.

Decía que El Galpón es claramente un lugar de reivindicación de las políticas culturales desde el hacer concreto. Voy a volver a citar a Atahualpa del Cioppo; en un informe a la comisión directiva en el año 1986 dice:

Queremos creer que El Galpón mantiene un claro concepto del repertorio y que cada uno de los títulos propuestos tuvo una justificación ideológica. Los problemas sobre pobreza de estilo, envejecimiento y falta de imaginación, deben atribuirse al tratamiento formal. Si no estamos en un error El Galpón sabe fundamentalmente qué teatro hacer y para quién, incluyendo además de lo estético, lo humano y también lo histórico.

Esto me lleva a hacer un breve repaso de tres políticas culturales de esa institución teatral: su profesional formación de públicos; la política de extensión cultural, para la cual tiene definido un Departamento que funciona desde el año 1985; y las políticas de socios.

Con respecto a la formación de públicos, es un área en la que me sorprende muchísimo cómo trabaja El Galpón. Es una institución con una sistematización detallada de las conductas culturales que es formidable; es un banco de datos puesto al servicio de la cultura que consigue llevar el teatro y la cultura a la gente para que la gente venga a la cultura y al teatro sin perder un ápice de su esencia. Esto es tremendamente formidable, y creo que la política pública debería aprender mucho de estas experiencias. En el mundo de la tontería y de la dominación de las pantallas, El Galpón lleva su propuesta cultural a la gente y logra que la gente venga voluntariamente hacia ella. Además, cumple con lo planteado por Bertolt Brecht:

El teatro moderno no ha de ser juzgado por la medida en que satisface costumbres del público, sino por la medida en que las cambia (…) No se despierta el interés del espectador por la compra de entradas (…), sino se despierta su interés por el mundo.

El Galpón cumple enormemente con ese cometido.

Las políticas de extensión cultural son actividades destinadas a niñas, niños y jóvenes, totalmente gratuitas, realizadas en horarios de clase, a través de las cuales se apuesta a lograr el acercamiento de la población joven al teatro y a despertar el interés por este.

Miles de niños, niñas y jóvenes han pasado por allí, y yo fui uno de ellos. En lo personal, puedo decir que fui a escuela pública y a liceo público, de barrio, y que durante mi niñez y mi adolescencia ―hasta que tuve veintipocos años― fui muy pocas veces a ver teatro ―porque en mi casa no había muchos medios y en esa época no era fácil acceder a él―, y la mayoría de esas veces fui a El Galpón. Con unos trece años vi El lazarillo de Tormes, obra que me quedó grabada. Recuerdo mucho su contenido y más aún la plasticidad del actor, que parecía un hombre de goma. Me refiero a Héctor Guido, que está acá presente.

(Aplausos)

Para nosotros, un montón de gurises y gurisas, fue el acercamiento a algo que ―según entendí yo después― era una herramienta transformadora. A partir de allí dije que iba a ir al teatro todo lo que pudiera, pero no pude ir tanto porque, como contaba, en mi casa no había un peso y el Estado de ese entonces no brindaba ―como sí lo hace ahora― beneficios para ir de forma gratuita al teatro o al cine.

A partir de ese punto abordo la tercera política que me parece tremendamente exitosa de la institución teatral El Galpón. En lo personal, esa ida más o menos cotidiana al teatro y a espectáculos artísticos comenzó hace unos trece o catorce años, cuando pude tener un laburo más o menos estable y un país que me daba otras oportunidades. En ese momento me crucé con una tarjeta llamada Socio Espectacular, que era un sistema de socios. Aunque no de forma ininterrumpida, puedo decir que desde aquel tiempo hasta el día de hoy aún la uso. Tengo mi tarjeta Socio Espectacular siempre en la billetera, en el bolsillo, y con ella voy muy seguido a diferentes espectáculos. Creo que la política de socios nos beneficia y nos hace parte de esos proyectos, nos incluye. Sin esa tarjeta habría sido imposible que un montón de gente como yo hubiese ido a ver teatro, a ver cine, a ver fútbol, a ver Carnaval y otras cosas más que no veíamos salvo cuando alguna política estatal nos lo permitía.

Después me enteré de que ese sistema, que a tantos nos dio la posibilidad de acceder a cosas a las que hasta ese momento no accedíamos, le permitió también a una serie de instituciones bancar el chaparrón cuando la situación del país ―en varios aspectos, incluido el cultural― era de las más desgraciadas. Esa tarjeta ―me enteré después― se puso como objetivo combatir algunos monopolios de industrias que se habían querido generar, justamente, en la industria del entretenimiento, y ayudó a abrir la cancha en un momento en el que parecía que una empresa, en cierto sector, se comía todo. Ese sistema marcó y marca una política clara, e hizo una cosa no menor: incidió en el mercado. Hoy hay unos 23 mil socios espectaculares.

Otra cuestión que quiero resaltar es la revista, que hoy ―por diferentes razones― no está en papel. Sus contenidos son excelentes. Tal vez pueda ser mi falta de conocimiento, pero no sé si por acá ―incluso en la región― hay otras revistas culturales que tengan ese contenido.

Por último ―ya los aburrí bastante―, quiero cerrar diciendo lo que considero es lo más importante.

Cuando una organización tiene tanta historia, tanta trayectoria y tanta gente exitosa, cuando ha marcado una época y la vida de un país, siempre se cree que el pasado fue mejor y a veces cuesta mucho reconocer el momento actual. Yo no voy a realizar sobrantes comparaciones de época, no solo por no haberlas vivido, sino porque me parece, justamente, que son así: sobrantes, innecesarias. Pero déjenme decirles que, junto al buen momento cultural del país, y gracias a ustedes, la institución teatral El Galpón, estamos disfrutando obras de artistas nacionales e internacionales de gran calidad. Nos están haciendo vivir un momento en el que las políticas y el nivel artístico de la institución teatral El Galpón son realmente formidables. Creo que todos debemos agradecer eso infinitamente. El Galpón es, sin duda, una gran institución, y este es el gran momento de esta institución.

Este teatro nacional y popular nos sigue representando en el mundo, en festivales internacionales a la vez que nos pone en un lugar de privilegio por las políticas culturales que desarrolla y por la calidad de teatro superior que se puede observar en sus salas.

Pido que nuestro último aplauso vaya por la historia, por este gran presente y por un mejor futuro. Por más teatro, por más autogestión, por más resistencia, por más vida, por más cultura: ¡salú a ustedes, teatro El Galpón!

Muchas gracias.

(Aplausos)

Martin Nessi edil MPP-609-Frente Amplio